

en Francia y en el extranjero le adjuntaban siempre un staliniano experimentado, encargado de vigilarlo. Una primera discusión tuvo lugar en el seno de la Comisión Administrativa de la C. G. T. Los stalinianos, que siempre habían tenido la mayoría, fueron derrotados por dieciocho votos contra ocho. Pero incluso este voto no representaba el verdadero sentimiento de los obreros sindicalizados franceses, respecto del pacto, pues unos días más tarde, por nueva decisión, la C. G. T., con Jouhaux a la cabeza, decidía romper todas sus relaciones con los stalinianos, calificando el pacto stalinazi de "traición premeditada y realizada contra la paz" y de "traición al proletariado".

Los jefes stalinianos Thorez, Cachin, Peri, permanecieron mudos durante varios días, dejando a subordinados el cuidado de reproducir y de diluir las explicaciones proporcionadas por la Embajada Soviética. El grupo parlamentario votó una embarazada resolución, aprobando la política de Daladier, pero sin desaprobando la de Stalin. Los diputados estaban de vacaciones y no hubo discusión en la Cámara. En cambio, hubo una sesión de la Comisión de Asuntos Extranjeros que se llevó a cabo el viernes 25 de agosto. Quienes asistieron afirman que fué dramática. Los cuatro stalinianos miembros de la Comisión permanecieron aislados en un rincón, los otros comisionados se alejaban expresivamente de ellos. El socialista Grumbach, stalinizante cien por ciento, fué el primero en pedir la palabra para presentar una moción previa. "Un acto de alta traición —dijo— acaba de cometerse. No existe en ningún idioma palabra que permita calificar este acto como se merece". Y para

concluir, declaró: "Antes de entablar aquí una discusión hay que saber si estamos entre nosotros, entre franceses". Los stalinianos directamente atacados, respondieron declarando, uno de ellos, que sus dos hijos estaban movilizados; otro, que había perdido ambas piernas en la guerra de 1914-1918. Un socialista, igualmente stalinizante, Viénot, los interrumpió, exclamando: "Vengo de la línea Maginot. Por doquier, en nuestras regiones industriales de la frontera, los obreros os vomitan, aun aquellos que tienen carnet de vuestro partido". El orador del pequeño grupo, Péri, pidió entonces la palabra para exponer —dijo— su posición. Era el fonógrafo habitual de la Embajada Soviética, que no escribía ni hablaba sin tener antes la consigna de ella. En los últimos meses había sido un orador escuchado. En esta ocasión se embrolló en explicaciones confusas de las que se desprendía que, según él, nada impedía aún, que a pesar del pacto, Francia e Inglaterra concluyeran negociaciones con la Unión Soviética. Se designó entonces una subcomisión —de la que fueron excluidos los stalinistas— que redactó un proyecto de resolución en términos severos contra el pacto stalinazi y contra los que rehusaran condenarlo; proyecto que fué aprobado por la unanimidad de la Comisión —salvo los stalinianos.

Los papeles han cambiado bruscamente; ahora los stalinianos son los traidores, los agentes de Hitler. Sus amigos de ayer, los stalinizantes fanáticos, son los que lo dicen con más cólera. Jouhaux y la C. G. T. rompen definitivamente con ellos, se niegan a tener el menor contacto, los acusan de una doble traición: traición a la paz y traición al proletariado.